

El día de hoy empezó ayer, aunque yo, lógicamente, no lo sabía. En la vitrina de un restaurante de la Marina de Çesme relucía un imponente besugo, al que le calculé unos 10 kilos de peso, a la espera de un improbable depredador pues la ciudad estaba desierta.

...

Por la mañana temprano, me he dirigido al puerto para tomar el ferry de la compañía Turyol con destino a Chíos. Me esperaba un viaje tranquilo y solitario. Cuál fue mi decepción cuando me encontré rodeado de un grupo de turistas latinoamericanos (mejicanos, panameños, brasileros), todos ellos gente adinerada y acostumbrada a hacer ruido: ruido de gafas de sol de marca en día nublado; ruido de miles de fotos y selfies que jamás serán vistos por nadie; ruido de mandíbulas triturando toneladas de frutos secos salados

con una opulenta obscenidad solo al alcance de los que no conocen la culpa. Aquel espectáculo me hizo desviar la mirada hacia el mar y no pude evitar pensar que ese era el mismo itinerario que han hecho miles de personas huyendo. Entre ellos estaba Aylan, el niño que pereció ahogado al caer de los brazos de su padre en la lancha en que viajaban y cuyo cadáver hinchado quedó tendido sobre los negros guijarros de una playa de Lesbos.

Me acordé entonces del besugo e imaginé un gran banquete similar al del manatí del acuario de Nápoles en la novela de Malaparte. El contraste entre la imagen de Aylan y la del besugo hizo que mediera cuenta de la contradicción sobre la que me asiento desde el momento en que no puedo negar que yo mismo tengo un pie en cada una de las dos historias. Por eso asumo desde ya que no por contar la historia que viene será mejor que el

resto. Porque nada que sea escrito desde una superioridad moral puede acercarse a lo íntimamente cierto.

...

Al llegar a Chíos decidí ir al campamento de refugiados con la peregrina excusa de llevar un libro de "África". No lo hice por pretenciosidad sino por un afán de compartir algo que considero bello. Opté por ir caminando (estaba a 8 kilómetros de donde me hallaba) buscando ese aire amistoso que siempre rodea a los que llegan a pie a los sitios (siempre recuerdo el personaje del reverendo Casy en " Las uvas de la ira").

Antes de enfilarse hacia Halkios, paso por una barriada oculta en un recodo del camino compuesta por tres bloques de edificios que

encajarían perfectamente en cualquier historia distópica: los pisos bajos con las ventanas rotas pero con las habitaciones amuebladas, las persianas desvencijadas, las escaleras ocupadas por cascotes de quién sabe qué batalla... La vida hubiera parecido altamente improbable en ese escenario si no fuera por algunos pequeños detalles: una planta en un alféizar, un aparato de aire acondicionado, una bicicleta en el rellano de una escalera... Pensaba encontrar toda la miseria en el campamento de refugiados pero parece que la realidad tiene raciones suficientes para servir entremeses y postre antes del plato principal.

En el ascenso por la carretera, me pasa un coche de médicos sin fronteras. Sin duda ellos deben ser mi mejor interlocutor en el campamento. De hecho, a mitad de camino encuentro un dispensario de la ONG. Al ver que estaba cerrado, le he preguntado a una

mujer que sostenía a una niña en brazos. Estaban allí para que la niña recibiera la tercera dosis de la vacuna de la hepatitis. La madre se presenta como S. aunque en su permiso de tránsito por Grecia pone MC. S. y su pequeña esperan el coche que debe devolverlas a su casa... Tras un rato conversando, nos despedimos con un "Bon chance" al que me cuesta llegar ¿dónde habré aprendido yo francés para no saber desear buena suerte?

...

Reinicio la marcha. Conforme me aproximo al campamento, grupos de hombres se cruzan conmigo en dirección contraria. Entre ellos, un sacerdote con aire despreocupado, saliendo de su iglesia a cuya altura conversan en corro un grupo de taxistas

y otro de mujeres con pinta de beatas. Nadie me mira de forma extraña. El único elemento llamativo que hay en la escena es un cartel prohibiendo hacer fotografías.

Persiguiendo un rumor de vida, sigo por una cuesta que serpentea entre campos de olivos asediados por los desechos de la civilización de plástico. Finalmente llego al campamento. Una valla con un STOP es el único mensaje, pero la puerta está abierta. Nada ni nadie, ni siquiera los dos camiones de antidisturbios, reparan en mí. Podría entrar en el campamento, pero, por una mezcla de temor y respeto, decido no hacerlo. Supongo que las concertinas sabrán la proporción exacta de estos sentimientos...

Ya de vuelta, dos hombres me preguntan de dónde soy; ese es el código para iniciar las conversaciones. Tienen la mirada

limpia y muchas ganas de hablar. El que lleva la voz cantante tiene un fuerte acento que me dificulta la comprensión de sus mensajes. Esta circunstancia es una constante en esta historia. Entre el griego y su alfabeto y las limitaciones de mi inglés y mi francés, el riesgo de malinterpretación y, consecuentemente, de sobreinterpretación es elevado. De alguna manera, es inevitable que, ante una situación de gran tensión emocional y complejidad, uno intente rellenar las lagunas de su propia percepción con retales más o menos sesgados de su propia conciencia. Finalmente entiendo que me dice algo de una huelga y que, bajando los párpados, repite "the situation is terrible, the situation is terrible..." Es entonces cuando llega un tercer hombre, éste con una mirada mucho más turbia, con los ojos ligeramente ictéricos. Me proponen acompañarme en mi camino de vuelta. Les pregunto adónde van. "Just walking around" que literalmente sería

"Solo andamos alrededor" ¿Alrededor de qué? me pregunto. Siento una vaga sensación de amenaza por lo que decido retirarme no sin antes desearles suerte con el gesto de llevarme la mano al pecho. Me responden con agradecimiento, sin ninguna rigidez en el rostro. Seguramente el miedo del momento no sea más que alguno de los Lestrígones que me habitan, pero esto ni lo sé ni nunca lo podré saber...

...

En el camino de vuelta, en el dispensario de MSF, encuentro de nuevo a S. y su niña. Siguen esperando el coche...

La niña duerme sobre las piernas de su madre como si fuera un felino apoyado en un tronco. Sus piernas y sus brazos cuelgan por

los laterales de las piernas. Transmite una paz que, quizás, no le pertenezca.

Retomo la conversación con S. Quiere ir a Atenas pero no tiene con quién. Necesita que alguien la invite. Le pregunto cuál es su destino final.

- Una vida mejor - contesta.

Le pregunto quién debe darle los papeles.

- El tiempo. -me contesta.

Ella me pregunta por mi vida: estoy casado, tengo dos hijos, soy médico, estoy de vacaciones...

- ¿Cómo te deja tu mujer faltar de tu hogar?

- Porque es buena -le contesto.

De repente, la niña se despierta. S. intenta dormirla con una dulzura candorosa mientras se queja sin atisbo de ira del ruido de los coches.

- Yo no dejaría a mi marido marcharse.

Le pregunto por el padre de su hija.

- Está en Camerún - responde escuetamente.

Le ofrezco unos higos secos que llevo conmigo. No sabe lo que son los higos, pero en las islas mediterráneas, afortunadamente, siempre hay una higuera cerca para hacer la pertinente presentación.

La niña come los trocitos conforme se los da su madre y, cuando se los traga, exige más. En un momento dado en que S. tiene las

dos manos ocupadas, le da un bocadito al higo y lo introduce con una especie de beso invisible en la boca de la niña. Esa imagen transporta mi mente hasta documentales de animales. De nuevo se me llena el presente de dudas ¿cuánto hay de mi propia cosecha en la interpretación de la escena?

- En el campamento están en huelga por el endurecimiento de la política de asilo. Los congolesees son los que la lideran -me informa.

No alcanzo a entender cómo se puede hacer una huelga en un campamento aislado del mundo y rodeado de concertinas ¿qué actividad se puede dejar de hacer? Supongo que, al final, todo tiene que ver con la lucha íntima de cada uno de los habitantes del campamento contra la frustración, por mantener vivo un último rescoldo de dignidad humana.

En el intercambio de los higos, S. toca mis manos un par de veces. No rehúye el contacto. En cierto momento, se levanta de la piedra donde estaba sentada para estirar las piernas y sacudirse la ropa. En la roca hay restos de carboncillo de una fogata reciente que han tizado su pantalón. Gira su cuello para mirarse el culo y alza su mirada en dirección a mis ojos para preguntarme si está manchado ¿acaso es un juego de seducción? ¿estaré otra vez sucumbiendo a mis propias proyecciones? Un simple pensamiento, en este contexto tan brutal, se torna en un desapacible fogonazo...

El coche sigue sin llegar. Me pide mi teléfono y le digo que no sé si tiene cobertura. En esas, pasa un conocido que le permite llamar desde el suyo. Sí, el coche ya está viniendo...

Retomamos la conversación con naturalidad mientras la pequeña juega con mi mano. Le pregunto por la vida en Chíos:

- No es mala y no hace frío.

Sin forzar, S. me pregunta por la nieve. Ya sé que meter la nieve en el relato es excesivamente facilón, pero a veces la realidad es así de pueril y exacta, aunque, desde el punto de vista literario, pueda parecer una fatuidad.

Tras vacilar, no sin cierto pudor, decido mostrarle un ejemplar de "Ájrica". Le enseño las acuarelas. Cuando llega a la del retrato de la negra, apoya la cabeza en su mano imitando el gesto de la mujer. Pese a ser una imagen un poco forzada, no deja de ser la encarnación de un pensamiento de Elías.

Cuando llega a la acuarela del pensador,
me dice:

- Está triste.

Lo hace como si fuera el Principito
hablando de su flor, de nuevo, llena de
dulzura.

- A veces, yo me pongo de esta manera y le
pregunto a Dios ¿por qué esta vida?

- Y Él qué te dice -le pregunto.

S. ríe y pierde la mirada a partes iguales.

Aprovecho el silencio para dedicarles el
libro y entregárselo. Lo recibe con emoción y
me pregunta qué pone en la dedicatoria.
Cuando voy a traducírselo, un claxon irrumpe
en la escena levantando una gran polvareda. S.

coge a la niña y a toda prisa se meten en el coche....

" Para S. y su hija, este libro que encierra una esperanza: que su camino encuentre un destino".